

## SOBRE LAS FORMAS DE LA LIBERTAD

Pronto advierte quien mira las cosas con perspicacia el radical anacronismo en que se mueven las ideas y las creencias del hombre europeo de nuestro tiempo. Quizá tenga la culpa ese ingente repertorio de soluciones con que se encuentra desde que empieza a meditar sobre la vida y el mundo en que tiene que vivir, porque es cómodo echar mano de cualquiera de las ideas que vagan por ahí como alma en pena y aferrarse luego a ella como si fuera una tabla de salvación, que es precisamente lo único que nunca puede ser una idea. Sin embargo, no hay que buscar la raíz de este anacronismo en que nos debatimos solamente en la pereza del pensar contemporáneo; pereza es señal de algo más profundo, y cuando una generación, como acontece ahora, no se enfrenta con su circunstancia es o porque no fía demasiado en los frutos del conocimiento o porque ni siquiera siente la necesidad de conocer. Si es cierto que hay épocas entregadas al acaso, habría que preguntarse si por ventura ha habido algún tiempo tan azaroso como el nuestro, y no por esa balumba impresionante de percances que suceden todos los días, sino por la apatía con que se niega la mente a buscar la verdad, o por el temible primitivismo con que se

ciega voluntariamente, esclavizada en cualquier sistema de convicciones. ¿No es un hecho que debiera incitarnos a pensar la prodigalidad con que se acude al fanatismo —cada cual tiene el suyo, que le impide entender el de su vecino—, y esa rigidez que van tomando hasta las cosas más triviales del vivir cotidiano, que se ofrecen ya petrificadas en dogma, y sin que, por tanto, quepa ante ellas más que el amor o el odio? Por eso es muy frecuente asistir a polémicas en que se enfrentan dos o más ideas que ya no son nuestras y que llegan hasta nosotros como si alguien nos preguntase: ¿Y usted qué es: platónico o renacentista? Lo peor del caso es que casi todo el mundo toma partido, y es cosa habitual topar con renacentistas que combaten denodadamente contra los platónicos, que no son menos denodados. ¿Cómo, si no, explicar este desbarajuste del mundo que ha entronizado la acción sin más, la acción por sí misma, y que ha puesto en vigor un repertorio abundantísimo de tópicos contra la inteligencia y la cultura, que repiten los intelectuales y los que viven atentos a la formación de su personalidad como si estuvieran convencidos de lo que dicen?

Desde que hay Historia y pensamiento las cosas están ahí convidándonos a desentrañarlas, y encubiertas siempre detrás de nuestras propias convicciones; también está frente a nosotros la vida, el destino y todos los enigmas que unas veces nos llenan de alegría con su palpitación y otras nos acongojan con su arcano. La historia del pensamiento es una sucesión de respuestas a la eterna pregunta que inquiere la esencia de las cosas y el ser del hombre. Cada respuesta es como una incitación que nos vuelve a enfrentar con la misma pregunta, que siempre nos aparece

como si acabara de ser hecha por la mente humana. Hay que volver a las cosas, mirarlas con pureza y, en ese diálogo mudo que tejen con nuestro pensamiento, decir lo que son. Cuando no las vemos con nuestros propios ojos es que las estamos viendo con mirada ajena; de suerte que una época que no busca celosamente solución a estas preguntas es que, sabiéndolo o sin saberlo, la ha tomado de otra época. Ni que decir tiene que estas soluciones prestadas ni son auténticas ni, en rigor, soluciones que merezcan este nombre. Y así como hay en la vida del hombre situaciones en que sobre el paso del tiempo flota el vacío, hay en la Historia tiempos de radical falseamiento en que se vive desde convicciones anacrónicas. Dios quiera que no sea de esta clase la época en que el intelectual, el artista y el hombre culto repiten lo que dice el hombre de la calle y se quejan luego de que no les obedezca.

Entre las ideas que más claramente están pidiendo revisión se halla ésta de la libertad, que otrora consiguió encunbrarse al lado de las primeras cuestiones que inquietan al hombre desde que el mundo es mundo. Hoy estamos soportando una reacción candorosa —¿y por qué no decirlo ya?— rebañega contra toda esa gama riquísima y compleja de sentimientos, preguntas, dudas, vehemencias y dificultades que suscita en la vida entera, en la mental, en la cordial y en la volitiva, la libertad humana. Claro que esta reacción multitudinaria no arguye falta de interés por la libertad ni mucho menos apetencia de esclavitud. Es más bien signo de un estado precario que ya nos ha traído muchos males en estos últimos quince años. ¿Por qué somos tan candorosos que nos contentamos o con repetir las ideas de la Ilustración o con creer que las ani-

quilamos repitiendo lugares comunes? Ni podríamos hacerlas nuestras, ya que fueron patrimonio de otros hombres y, lo que es aún más importante, de una intuición del mundo que dista mucho de la nuestra, ni destruirlas, ya que nos referimos a cosas muy distintas con miras todavía más distintas. No hay por qué aludir a esa forma de "refutación" tan peculiar de nuestro tiempo que consiste en deshacerse del adversario, al que se supone tonto, echando mano de algún lugar común, como si fuera un conjuro incontrastable. Es quizá la manera más clara de irrumpir en los dominios del pensamiento esa capacidad de acción vacía que ha dado al traste con el señorío del intelectual y no ha traído nada en cambio. ¿Pero es posible la convivencia en el ámbito del Estado sin saber a qué atenernos acerca de lo que es y lo que vale nuestra libertad? ¿Podemos esquivar esta pregunta porque no nos satisfaga la respuesta de otra época? Denostando una opinión ajena no encontramos la que nos es propia; más: solamente comprende al prójimo quien está en claro consigo mismo, porque esa íntima claridad nos permite mirar las ideas ajenas como creaciones del espíritu humano y, en última instancia, como algo que enriquece hasta nuestras propias ideas. Buenos andaríamos si fuésemos incapaces de aprovechar las conquistas de nuestros enemigos.

En los dominios de la pura abstracción es posible señalar tres dimensiones de la libertad: una metafísica, otra política y otra teológica. Esto en la pura región de las ideas; porque al imaginar cualquiera de las formas históricas en que ha cuajado la libertad dentro del Estado, pongo por caso, la hallamos inspirada en una concepción metafísica del hombre y su

destino y en una concepción teológica más o menos explícita. En este orden de cosas, lo político se ofrece como una expresión fugaz y cortical de una realidad más profunda; la libertad política, según esto, vendría a ser lo que la palabra es con relación al sentimiento, un medio expresivo balbuciente en que el hombre padece por vez primera su impotencia al no conseguir que llegue al mundo lo que alienta en su interior. También puede entenderse esta inspiración de que se halla animada la libertad política como puro fenómeno de coetaneidad, puesto que en cada época, bien que a distinta hondura, se dan una concepción metafísica del mundo, una explicación teológica y una realidad política, que muchas veces no consigue plasmarse en un sistema de ideas, como ocurre en los Estados totalitarios, y como ya dije en un ensayo publicado en enero de 1933 en *Acción Española*. ¿De dónde va a tomar su inspiración la realidad política si no la toma de las ideas metafísicas y teológicas que halla en el aire y en el calor de su tiempo? La forma y las vicisitudes de un Estado son ininteligibles si no las comprendemos a la manera de un impulso que pretende llevar a la vida cotidiana lo que el espíritu alienta como deseo, como proyecto de vida o sencillamente como expresión temporal. Hay regímenes políticos destinados a hacer cosas, los hay con la misión de conjurar un peligro, y hay otros que existen a la manera de un puente, porque no es posible el vacío. La libertad política es necesariamente la más externa y la que más impurezas comporta. De aquí la importancia que inspira siempre que el pensamiento no vegeta y la obligación de conocerla en que están las épocas que viven

con preocupaciones políticas tan graves y universales como las de nuestros días.

Ateniéndonos ahora a la libertad que es posible dentro del Estado y que el hombre puede ambicionar hallamos que ha cobrado varias formas en menos de tres siglos, que no todas interesan a cualquier tipo humano y que, en suma, la libertad que un Estado otorga puede ser muy bien mirada con indiferencia medio siglo más tarde, porque ni hay una sola ni pocas maneras de ser libre o esclavo, ni dentro de un mismo tiempo quieren la misma cosa todos los habitantes de un país. La libertad es una abstracción, y cuando se conoce o se vive alguna de las formas en que es accesible a nosotros en seguida aparece como patrimonio de un poder social que los otros no sienten deseos de disfrutar. Si ahora decimos que todo el mundo puede asistir a los conciertos de música de cámara, el tiempo se encarga de mostrar que esa libertad es candorosa, ya que sólo pocos gozan de música tan selecta. ¿Para qué necesitan los demás de una libertad que ni siquiera han pedido? Sin embargo, concibiéndola como proyecto de vida podemos mantenerla como un derecho que alguna vez puede ejercitarse. Pero es que si se ejercita, y los que no gozan con la música acuden a los conciertos en virtud de ese derecho pueden hacer que los demás no los oigan con sus modales y sus ruidos; y si se les fuerza a guardar compostura en el salón es porque en verdad no son libres más que las personas que entienden la partitura que se está interpretando, mientras que los otros tienen que estar cohibidos para que esa libertad no sea también una abstracción. Infinidad de ejemplos podrían aducirse en todas las situaciones imaginables de la vida y de la Historia

que mostrarían cómo las distintas formas en que cristaliza la libertad son a manera de conquista de sendos ámbitos sociales y que una misma forma de libertad no es ni posible ni deseable más que dentro de un sector político, cultural o económico y en un tiempo dado. También en cada época se ofrece como deseable un modo de los tres fundamentales en que puede entenderse la libertad política: hay tiempos en que se busca una libertad personal, como en la Ilustración; hay otras épocas en que se preconiza esa peculiar libertad que el hombre consigue en el dominio de las cosas y que en el terreno del Estado cabría llamar independencia y, en fin, hay una libertad entendida como profesión de fe y proyecto de existencia humana, es la libertad de todos, la que tiene el hombre por haber nacido hombre, sin más mérito que éste y sin haberla deseado más que estrechos círculos de pensadores.

Ahora comprenderemos que esas tres formas primarias de la libertad nacen de sentimientos bien distintos: las dos primeras de un sentimiento más o menos confuso de fortaleza, y la tercera de un sentimiento de amor y de respeto hacia todo lo que es humano. La libertad personal, propiamente dicha, más que al hombre, mira a su calidad, a su altura, ni se extiende a las muchedumbres, ni éstas la envidian; es la que gozaron los hombres egregios del siglo XVIII, Goethe no es mal ejemplo. La libertad en que el hombre quiere ser dueño de las cosas da pábulo al socialismo en todas sus formas y tendencias, y esa otra libertad que se quiere para todos es la democracia propiamente dicha y aparece como un programa que ha de tenderse a lo largo de siglos y más siglos. No hay para qué ad-

vertir que estas formas de la libertad se hallan a muy varias distancias de la vida y aluden también a distintas porciones del alma humana.

### LIBERTAD Y PERSONALIDAD.

La historia de los pueblos, en su curso, tanto como en sus crisis, parece sometida a una disyunción irrefragable: hay tiempos en que se exalta lo humano en sus más primordiales dimensiones y se entienden todas las cosas como productos de la imaginación, de la voluntad o de nuestras aptencias. Cuando es ésta la configuración del mundo cuesta mucho trabajo concebir algo que pueda imprimir su huella en la más recóndita intimidad del hombre y, desde luego, todo lo que aparece como trascendencia es, soslayando lo que se diga, mero objeto de conocimiento. Es verdad en estos tiempos que el hombre es la medida de todas las cosas.

Pero hay épocas de signo antagónico, y son las que se esfuerzan en descubrir, comprender y explicar lo que está más allá de nuestros límites y sentimos más valioso que la vida y que la muerte. La misión del hombre en estas épocas es de puro conocimiento, de sumisión y de alabanza. Es verdad entonces que ni la hoja del árbol se mueve sin la voluntad de Dios. Cuando se piensa que la voluntad o la razón humana conforman el mundo y nos lo revelan de uno u otro modo, se esparce sobre la tierra un ansia de hacer cosas, que van surgiendo animadas de un extraño sentimiento que no es orgullo solamente y que no siempre se halla desprovisto de piedad, que no encuentra formas de expresión

más propias. En los tiempos de signo contrario flota sobre la haz de la tierra un leve estremecimiento que aguarda el milagro y concita en todas partes esa alegría que nos lleva hacia el arcano del porvenir como un hada buena y que llamamos esperanza. Ni el hombre es capaz de añadir una pulgada a su estatura, ni la maravilla en que le aparece envuelta la creación consiente otra aptitud que no sea la de mirar, padecer y esperar con alabanza. Cierito que en cada siglo, en cada generación y hasta en cada lustro hay un conjunto peculiar de rasgos que cualquier investigador puede hallar a poco que se esfuerce y que distinguen entre sí estos espacios de tiempo. Sin embargo, en lo que se refiere a la esencia de esas épocas fundamentales nadie pondría en duda que, por ejemplo, el proceso que empieza con la filosofía de Descartes es de tendencia opuesta al que se inicia con la filosofía de San Agustín. No importan ahora ni el tiempo justo en que comienzan esas corrientes de la vida europea ni la prodigiosa variedad de matices que un espíritu cuidadoso puede encontrar en cualquiera de esos dos períodos.

Lo que nos importa ahora es que desde el Renacimiento se viene procurando allanar el camino a todo lo que redunde en provecho de la formación personal; cada vez son menores las trabas que el hombre encuentra frente a sí, la fe en sus destinos crece como las mareas y el mundo en torno parece someter su fuerza, su pesadumbre y su arcano a esta voluntad que nace con afanes de descubrimiento y de conquista. Poco a poco va señoreando el poder humano la tierra, los mares y el arte de la convivencia y el conocimiento en su dimensión especulativa tanto como en su porción más cercana a la vida de cada día colma esta empre-

sa de exploración y de conquista allá en los últimos años del siglo XVIII, cuando Kant publica su *Crítica de la Razón práctica*.

Todas las cosas están en el mundo para dar pábulo a la formación personal, y cuando es menester que las más altas y escondidas se expliquen de manera exhaustiva, la eternidad se revela como una tarea infinita de perfección. Es difícil hallar un pasaje más claro en lo que hace al señorío del hombre sobre todas las cosas que los últimos capítulos de la obra de Kant. Y para que se vea hasta qué punto estaba saturada la Ilustración de este convencimiento, basta echar mano de dos autores que entregaron parte de su vida al oficio de meditar sobre temas políticos, y que son como extremos de este proceso de señorío humano: Maquiavelo, en los albores, y Juan Jacobo Rousseau en su culminación. ¿Cómo dar con una forma de Estado capaz de reducir la insaciable aspiración de libertad? Ni que decir tiene que se hallaron varias en la realidad histórica; pero lo que aquí se pregunta es cómo hallar una sola capaz de satisfacer las exigencias del pensamiento o de la voluntad. ¿Se recuerda por ventura una época perteneciente a la historia moderna o contemporánea en que la realidad haya sido tan ajena a las demandas del pensamiento como en ésta de la Ilustración, en que todos los esfuerzos iban encaminados a perfeccionar el sentimiento moral, la convivencia, los resortes del Estado y sus relaciones con otros Estados? ¿Cómo no hacer de la libertad algo sagrado que no es preciso conocer para alabar? Sin libertad no hay perfeccionamiento en el dominio ético, ni el Estado es capaz de cumplir su misión, que los más egregios tratadistas de la época coinciden en definir como esfuer-

zo que usa de muchos medios y se dilata al través de todas las capas sociales con el designio de educarlas y ennoblecerlas. El Estado viene a ser algo parecido a un hombre dotado de razón y voluntad que tiene a su alcance más recursos y puede al mismo tiempo satisfacer las apetencias más heterogéneas de los que buscan su perfección en la soledad, como aquellas figuras sobrehumanas que fueron Goethe, Kant, Hegel... o los que necesitan guía y amparo en el seno de la comunidad. Para hacernos cargo de lo que fué entonces el sentimiento y la idea de libertad es bueno recordar que el Estado jamás perdió la conciencia de los distintos planos en que vive y piensa el hombre y que, precisamente por esto, supo infundir en la vida una riqueza de formas, una movilidad de instituciones y un afán de acomodarse a las mudanzas del vivir que a veces se nos antoja carente de misión por ese hábito que tenemos de hablar de inexistencia cuando no se logra descubrir lo que buscamos.

La libertad no es mero tema de meditación política ni mucho menos lugar común en donde va a sesear la indigencia del que tiene que hablar o está obligado a escribir; por lo pronto, cobra su más alta valoración y su más cabal concepto en obras cuyos autores vivieron lejos de la plaza pública y con la vocación paladina de no escribir para su siglo ni con miras utilitarias. Jamás han cobrado tan altas cimas la abstracción ni el convencimiento de que lo racional es al propio tiempo lo necesario y lo más perfecto. La libertad de la Ilustración puede ser motejada —y tal vez con no poca justicia— de sentimiento que comparten muy pocos hombres, exquisitamente cultivados y con la preocupación incesante de embellecer su vida. Es una nece-

sidad que experimenta el hombre europeo al cabo de tres siglos largos de esfuerzos en todos los ámbitos accesibles al poder humano; y por eso al mismo tiempo que pide libertad entendida como una supresión del obstáculos procura liberarse cada cual a su manera y según las normas que se reputan más haccederas. Pero esta conciencia de buscar una libertad asequible a pocas personalidades falta por completo; lo importante es el despliegue de todos los resortes humanos, que si son pocos los hombres que pueden alcanzarlo, ahí está el futuro con su seducción incontrastable. ¿Cuándo ha sido más diáfana la visión del porvenir que los días de la Ilustración? Pocas cosas hubiera reputado imposibles aquel hombre tan ufano de su siglo y tan dichoso por haber nacido libre de las instancias del pasado. La libertad no es, por tanto, patrimonio de una clase; es aspiración infinita que cada hombre colma o alienta desde la vida que le haya tocado en suerte. Lo que ocurre es que la libertad está más cerca de los que la han conquistado dentro de sí mismos, como la riqueza pertenece más enteramente a quien empleó su vida en conseguirla. Sin embargo, sería un grave error suponer que esto implica separación entre los hombres, separación como hoy existe en todas partes. Goethe ha hablado mucho de la jerarquía personal que es, en fin de cuentas, de donde la toma el cargo que se ejerce. Y una somera ojeada a los libros en que Kant expone su sistema de ideas morales basta a convencernos de que nunca se ha hablado con tan profundo respeto de la dignidad del hombre ni con menos retórica que entonces.

Si miramos desde nuestro tiempo aquella realidad política, salvo las notas peculiares que comporta en

cada uno de los cuatro o cinco pueblos que daban la inspiración y hasta los usos al mundo, encontramos que el Estado ensaya cambios en apariencia independientes de las ideas en curso. Se nos antoja mezquino lo que ocurre en relación con lo que se piensa; la Revolución francesa sucede a las ideas de la Ilustración como el día a la noche o, si se quiere, como la planta a la siembra, que naciendo de ella es muy distinta. Aparte de que las más hondas meditaciones políticas y filosóficas de la Ilustración no son francesas ni mucho menos, esta costumbre de buscar la causa en lo que es antecedente en el tiempo es bien ingenua. Nosotros, por comodidad, echamos todas las culpas de lo que nos pasa a nuestros predecesores, pero éstos, a su vez y con el mismo derecho, pueden cargarlas sobre nuestros abuelos. En este orden de sucesos, la Ilustración tiene importancia bien distinta en lo que se refiere al pensamiento y en lo que mira a la vida política o económica; quizá haya ejercido su influencia muchos años después, quizá no la haya ejercido nunca, ya que las ideas tienen como fin primordial el de ser pensadas. Y lo demás, cuando llega, es por añadidura.

En fin, el hombre de la Ilustración necesita ser libre para dar rienda suelta a sus impulsos creadores que van casi siempre enderezados a lo que ahora llamamos formación personal. Y de ahí ese encanto indecible en que lo político nos llega fundado en hallazgos filosóficos y con un leve tufillo de utopía como ocurre en todas las obras de adolescencia. Es que la humanidad, en las postrimerías del siglo XVIII, era también adolescente. Por eso todas las cosas parecían posibles y el mundo entero llegó a ser pensado como una ingente hazaña del hombre. ¿Cómo no sentir arrobos, embriaguez y has-

ta devoción por la libertad humana? Y ahora, al paso de tantos años y tan desmesuradas vicisitudes, caemos en la cuenta de que la Ilustración es más rica en ensueños, ideas y vastos propósitos que en realidades políticas o militares. Cada época nos deja una porción de su ser, la que resiste los embates del tiempo y del capricho humano. ¿Qué dejará la nuestra a los que aún no han venido al mundo?

### LIBERTAD ECONÓMICA.

Pasemos ahora del alba a ese instante de la tarde en que la luz, como si estuviera dotada de una recóndita voluntad de persistir, se esfuerza por durar unos segundos más y va desfalleciendo poco a poco. La libertad económica, como proyecto y como programa de los partidos políticos que en los últimos decenios del siglo pasado comienzan a atraer la atención y luego el entusiasmo de las masas, cuaja en un sistema de ideas que polemiza sin tregua ni descanso con la herencia de la Ilustración. Polemiza en muchos casos sin entender a su adversario, y algunas veces hasta sin tomarse el trabajo de preguntarle cuáles son sus verdaderas convicciones. ¿Hay necesidad de advertir que el tipo humano a que aluden estos dos sistemas es muy semejante y que aquellas cosas que para uno son sagradas inspiran hilaridad o algo quizá más feo en el otro? Y he aquí que no hay diálogo posible, y como no hay diálogo cada cual se encierra en sus creencias, y el que se cree heredero de la Ilustración, cada día más solitario y más desasistido de sus contemporáneos, sueña y espera un porvenir muy remoto que cada vez se

aleja más, mientras que este nuevo hombre, en pugna con el pasado y con fe casi biológica en el futuro, escala posiciones y se apresta a convertir el mundo en un repertorio de ideas y soluciones tan simple, tan cortical y tan accesible a las muchedumbres que es muy difícil encontrar, hoy por hoy, nada capaz de contrastarlo.

Cabe entender la Historia como una sucesión de cosas y propósitos, y entonces esta nueva forma de sentir la libertad se revela como "evolución" de la que quiso y estuvo a punto de conseguir el hombre del siglo XVIII. Pero también puede verse en la Historia un misterioso e imprevisible desplazamiento que a veces lleva de una idea a su contraria, y casi siempre a otra radicalmente heterogénea. Esta segunda manera de ver los hechos y su cohesión es la adecuada cuando lo que importa es el tránsito de la forma en que se sintió la libertad en los días de la Ilustración a la forma en que la predicaron los movimientos sociales de todas las tendencias en los últimos decenios del siglo pasado y en los dos primeros de este siglo. Porque no se descubre relación por mucho que ahondemos en estos dos modos de sentirse libre el europeo culto, que, en verdad, ha sido autor y muchas veces víctima de todos los ensayos, tanto de los que requieren el marco del Estado para medir sus posibilidades, como de esos otros que surgen y fenecen en meditaciones o polémicas puramente teóricas. Las masas llegan muy tarde a nuestra historia, son pasivas como cualquier objeto natural, y su fuerza es ciega como la del río que inunda una región o el volcán que arrasa una ciudad; al cabo de tantas vicisitudes aparecen siempre esos conglomerados humanos bajo la conducta de algunos in-

telectuales que dictan normas y consignas de combate con la unción de quien está inspirado por alguna divinidad recóndita; y es curioso notar cómo en los pueblos de Europa, cuyas masas apenas creen ya en nada, se ha despertado un mesianismo en que se amalgaman ideas de una ciencia que ya no está en vigor hace más de medio siglo y una repulsa frenética contra lo que es inmediato en holocausto de ese mundo "mejor" que se nos pinta allá en la vaguedad del porvenir sin que nadie sea capaz ni de presentir en qué consiste. Tampoco es de olvidar el hecho de que sea precisamente ahora, cuando las masas cobran su empuje y su peligro máximo, cuando han dejado de ser tema de meditación para sociólogos y estadistas. ¿No estaremos ante un anacronismo terrible que puede convertir el impulso creador que hasta ahora ha alentado en los momentos críticos de la historia de Europa en un cansancio y un descreimiento como hace temer esa literatura de miseria, de locura, de hospitales y de degenerados que fué pasto de la juventud en los alrededores de la guerra de 1914?

El Estado se concibe como una pugna en que intervienen fuerzas muy peculiares; son más o menos considerables, según la amplitud de su dominio, porque es justamente el dominio sobre las cosas quien confiere la fortaleza y, naturalmente, la libertad, que no se desea como fin, ni mucho menos como algo indispensable para el desenvolvimiento de la personalidad, sino como independencia de otra persona o de una profesión. Sin el dominio sobre las cosas el hombre tiene que trabajar para ganarse el sustento cotidiano, y como el trabajo que es necesario para que él viva no lo es tanto para el que goza del capital, el trabajador tiene que hi-

potecar su libertad o deshacerse de ella si no prefiere sucumbir de hambre con los suyos. La pobreza lleva también consigo la esclavitud y la mentira, ya que el asalariado se halla con frecuencia en la precisión de simular ideas y creencias que sobre no compartir, afianzan más y más el régimen en que se siente esclavo. Esta conciencia de hallarse oprimido y de tener que mentir para afianzar la posición del opresor es terreno abonado para todas las formas de rebelión, desde la más insensible, que consiste en ver la vida cotidiana como un mal que alguna vez será preciso separar, hasta la que consiste en acoger cualquiera de las utopías que siempre andan al acecho de descontentos. La libertad no es aquí nada que recuerde lo que fué en la Ilustración; se muestra y se imagina como mera falta de obstáculos, no como algo valioso por sí mismo, sino a la manera de un medicamento necesario porque estamos enfermos. Por eso tiene siempre un acento patético y un indudable sabor de amenaza; la libertad se busca o se desea contra alguien y se confunde con la fortaleza, puesto que en las condiciones económicas que el trabajador tiene que afrontar la esclavitud es signo de debilidad, y es débil quien no sea capaz de poseer todas las cosas que le hacen falta, y más fuerte quien más posea. La libertad no tiene ahora nada que ver con la perfección personal ni la sinceridad que disfruta sólo quien es libre con ninguna de las cosas que interesaban entrañablemente al hombre de la Ilustración. Se trata de un conflicto permanente en que el más débil, a la conciencia de su flaqueza, tiene que añadir la de su hipocresía, puesto que se ve constreñido a fingir y a recelar en todo lo que hace y en todo lo que habla. No ocurre en este mundo nada que vaya

encaminado a poner de acuerdo los medios de expresión de que cada cual dispone con ese enjambre de ideas y sentimientos que todos llevamos en los penetrales de la conciencia, ya que esto supondría una preocupación de índole personal. Se trata de algo muy sencillo que puede encerrarse en esta pregunta: ¿cómo llegar al dominio de las cosas? Lo malo es que ya tienen poseedor que las defienda con ahinco. Por eso no hay más camino que la lucha, bien que acondicionándola siempre a las posibilidades; unas veces toma formas de diálogo, otras se convierte en disputa, y cuando se cree llegado el momento, en guerra sin cuartel. La libertad de la Ilustración no iba contra los hombres; en sus representantes más conspicuos era una pugna abierta y clara de principios; pero esta libertad de fundamento económico no sabe mucho de principios; es, en el sentido etimológico de esta palabra, discordia. Y ahora se comprenderá por qué en la Ilustración, aunque se invoque de ordinario al pueblo, se busca en verdad a la aristocracia, no a una clase hecha y cerrada sobre sí, sino a esa clase espléndida que empezaba a abrirse al mundo con la ambición de descubrirlo y dominarlo. ¡Y qué inmensa es la herencia que nos ha dejado!

Otra cosa que se comprende ahora sin mucho esfuerzo es cómo el Estado, siendo el mismo en apariencia, transmuta su naturaleza y se convierte en mero espectador de la contienda. Si el hombre del siglo XVIII va conformándolo de manera que cada día sea más amplia la convivencia, ahora se le entiende como simple instrumento de poder, que los enemigos juzgan al servicio de la clase privilegiada. La misión del Estado parece reducida a conservar ciertas formas de con-

vivencia en medio de la contienda, como un hombre débil y cobarde espera la victoria del más fuerte para ayudarle después. Quienes afrontan la lucha son las clases sociales, disfrazadas de mil maneras y con procedimientos de combate más o menos paladinos. Ahora bien: si el dominio de las cosas confiere la única libertad digna de este nombre, habrá siempre seres incapaces de acrecentar su fortaleza, y entonces ocurriría que la libertad recién conquistada de algunos traería consigo la esclavitud de algunos otros. Para que todos sean libres es preciso una mística que no se contenta con abandonar la suerte de cada cual a sus propias fuerzas; también hace falta hablar de una libertad que todos puedan comprender, aunque cada uno la desee a su manera. Poco a poco van aflojándose los resortes del Estado en quien va descubriéndose su incapacidad para mantener en armonía las distintas clases sociales y su interés por una de ellas, mientras la economía se resiente a medida que la lucha se encona, y cunde la desconfianza en todas partes. ¿Cómo imaginar que la Ilustración ha podido dar pábulo a este increíble estado de cosas? ¿Quién, en sus cabales, se atreve a inculpar al día de la oscuridad y los temores de la noche?

#### LIBERTAD COMO PROYECTO DE VIDA.

La Ilustración exaltó una libertad que recae sobre el hombre como un deber más bien que sobre el Estado, a la manera de una cortapisa; fué la libertad más humana y menos política que supieron concebir la mente europea y también la mente griega. Al Estado se le

pedía un mínimo de concesiones, en su mayor parte de carácter pasivo, y en cambio el hombre se comprometía, entre otras cosas, nada menos que a infundir en su vida pública una intención moral. Compárense los fines del Estado que logra acuñar el siglo XVIII con los que van perfilándose en el tiempo en que tuvo lugar esa otra forma de libertad que consiste en el dominio de las cosas. ¿Quién es más libre?, se pregunta con mucha frecuencia; el más fuerte, se responde en seguida; ¿a qué obliga la fortaleza al más fuerte?, inquiere el sentido moral. Esta pregunta queda sin contestación, quizá porque el dominio de las cosas requiera una tensión que no deje espacio a la moral, quizá porque la moral, aprobando ahora y denegando más tarde, represente un obstáculo en la brega cotidiana; también puede ocurrir que la conciencia todavía no se haya hecho cargo de la nueva situación. Lo cierto es que ni en teoría ni aun en sueños ha alcanzado Europa un tiempo tan propicio a la moral como fué el siglo XVIII. ¿Qué escaso predicamento hallaron entonces las doctrinas en que se preconizaba el empleo de la fuerza!

Hoy nos encontramos nuevamente con un intento de revivir algo muy semejante a lo que fué el liberalismo; no en teoría, que esto va siendo cada más difícil, sino en el terreno práctico, donde son posibles todas las profesiones de fe y donde muchas veces no se escucha siquiera el clamor de las dificultades. Allá los políticos con sus intenciones, sus logros y sus desencuentros; el intelectual no tiene otra misión que la de esforzarse en comprender. ¿Qué hay en esta libertad que se predica y se desea para todo el mundo? No importa ahora saber si de verdad se cree en ella o si es más

bien un fundamento de polémica; baste el hecho de que se halla ante nosotros y de que pueblos enteros, enloquecidos de furor y de venganza, la proclaman como salvación y aurora de una época feliz.

No sería ocioso averiguar si esa frase "libertad para todos", aparte la altisonancia que lleva consigo, tiene algún sentido. ¿Cómo ha de ser una libertad para que interese a todo el mundo? Por lo pronto, abstracta, es decir, sin color, sin temperatura, sin peculiaridad; en cuanto comience a concretarse en alguna forma será apetecida de veras por unos hombres y denostada furiosamente por los otros. Y ya se sabe que el vencedor, en estas lides, acaba siempre motejando al vencido de enemigo de la libertad. Y esto, que no es poco, se agrava con la observación trivial de que se concede algo que en muchos casos no ha deseado nadie, y en otros casos no ha sido más que eso, un deseo. ¿Cómo estimar lo que no ha costado desvelos y desilusiones? No conviene ya a nadie ese lugar común de la sangre vertida; la sangre no prueba jamás ni la bondad de una causa ni mucho menos su derecho al triunfo. Por todas las ideas de este mundo se ha derramado mucha sangre, y por las malas tanta o más que por las buenas; la vida humana, que fué hecha a imagen y semejanza de Dios, tiene un valor muy grande y no merece respeto el que la arriesga sin más. La muerte no es personal, en la acepción estricta del vocablo, más que cuando llega por defender o conquistar algo que es más valioso que la vida misma. No se olvide que el borracho y el saltador de caminos arriesgan su vida también, y la pierden con frecuencia. Hay que preguntar por el valor de esa libertad que se ofrece a todo el mundo; porque una mala sospecha

hace creer que la inmensa mayoría permanece ajena con el pensamiento puesto en cosas más concretas. No olvidemos la experiencia de los pueblos europeos en estos últimos meses, y preguntémonos qué es esa libertad que despierta tan escasos entusiasmos. ¿Pueden ser libres de la misma manera todos los hombres? ¿No puede ocurrir que cada una de las clases sociales tenga su manera de ser libre en el juego de las fuerzas económicas de un país? Que cada cual diga lo que quiera es posible, pero sólo durante un período muy corto que aún no se vislumbra, porque lo que cada cual quiere, haciendo algunas ligerísimas salvedades que no cuentan, es que desaparezca su adversario. La libertad para todos, sin cualidades ni distingos, pone frente a frente dos poderes que intentan destruirse, y al cabo de algún tiempo la fuerza del mayor habrá impuesto su dominio quién sabe si para muchos años. Esa libertad, como proyecto de vida humana, aparte sus frutos y la manera cómo cuaja en cada pueblo, llega muy tarde al mundo; una desilusión tremenda hierve en las entrañas del hombre de nuestro tiempo después de tantos y tan señalados fracasos en la política y en la economía, después de guerras cruentas y paces que dejan a todos descontentos. ¿Cómo pretender que en medio de este estado de ánimos dé frutos esa libertad que debiera escribirse con mayúscula, porque no es más que una idea? ¿No será nuncio del vacío que han dejado auténticas creencias de otro tiempo? Si no ocurrieran antes cosas que transformasen la sobrehaz del mundo cabría sospechar que esa libertad, andando el tiempo, se convirtiese en uno de esos títulos rancios que van de abuelos a nietos y que, por

no haberlos ganado, van empalideciendo con los años hasta que desaparecen anegados en indiferencia.

Se trata de un proyecto de vida pública en que no se pide nada al hombre, y en que, en fuerza de halagos y requerimientos, se le ha enseñado a pensar solamente en sus derechos. Por lo pronto, las mismas objeciones que se hicieron al liberalismo ingenuo que alumbró la Revolución francesa son válidas para este intento de convertir la libertad sin olor, sin color y sin temperatura en panacea contra todos los males que padece el mundo. Pero la más grave objeción es que el mundo es viejo y cree en poquísimas cosas, entre las cuales, claro es, no hay ya ninguna abstracción, quizá por desgracia. La libertad que se promete a todos, más que un bien en sí misma, es un proyecto de vida que los años, tal vez los siglos, irían revistiendo de formas políticas que ahora ni se vislumbran. Es una promesa saturada de ambición que mira más al futuro que a estas horas angustiosas que nos ha cabido la suerte y la desgracia de vivir. La libertad abstracta que se otorga a todos por igual es primariamente política; es decir, se da a costa del Estado, que ni siquiera sabemos cómo va a quedar ni cuál va a ser su configuración en medio de la contienda que se ve constreñido a sojuzgar. No hay necesidad de decir, por otra parte, que esta libertad no ampara por igual todos los derechos humanos; la propiedad está, más que en crisis, en ruinas, y una somera ojeada basta a persuadirnos de que son las llamadas clases inferiores quienes gozan por entero de esa libertad. La clase media —que debió ser atendida en los Estados europeos y que yace dispersa y sin convicciones a merced de su destino— no puede ser libre más que cuando se respeta al adver-

sario y se hace cotidiano el diálogo entre los hombres; ¿será cierto que no hay libertad sin convivencia?

Se logra esa libertad, que es mera supresión de obstáculos, reduciendo el poder del Estado en ausencia de una fe que le infunda sentido o delate un vacío infranqueable en la personalidad del hombre dotado de vocación política, o se convierte en patente de corso para todas las empresas buenas o malas. Por eso no es de extrañar que el pobre europeo de nuestros días, a quien le cae como llovida del cielo una libertad en que ni siquiera había pensado en su desgracia, se pregunte como Lenín: ¿Libertad, para qué? Hoy cuesta mucho menos trabajo que al hombre roussoniano renunciar a una porción de nuestra libertad para que el Estado ponga un poco de orden en la vida y nos procure unos años de tranquilidad, que en los días que corren es *conditio sine qua non* de todas las cosas que pueden alcanzarse en la vida privada. Por eso es tan infrecuente dar con sentimientos individualistas; la inclinación más recóndita y espontánea de nuestros contemporáneos es la de buscar un grupo y ampararse en él.

La libertad como proyecto de vida es, pues, abstracta, utópica en la más estricta acepción de esta palabra, es una concesión que se otorga graciosamente sin que sea querida por las muchedumbres, ganosas únicamente de conquistar el poder. Viene al mundo cuando nadie cree en nada y menos en abstracciones ni en panaceas; se funda en una merma incesante de la fuerza con que el Estado contaba tradicionalmente, y no pide nada en cambio al hombre, que lucha denodadamente con la ambición de deshacerse de su adversario. No abarca todos los derechos humanos y está acabando

con los llamadas clases medias, que eran las que estudiaban, trabajaban con verdadero rendimiento y hacían la vida más feliz con ese espléndido hallazgo que es la convivencia. En suma, esa libertad pone en juego fuerzas desiguales que pugnan por aniquilarse mutuamente, de manera que otra vez, el vencido, invocará sus derechos al poder. En la juventud del mundo son posibles soluciones generales, como ocurre en la juventud de cada hombre, pero los años y las enseñanzas de la experiencia revelan dificultades y tareas cada vez más concretas; Dios quiera que esa libertad tan utópica no sea una ilusión con que se intente ocultar el tremendo abismo que ruga donde antes tenía el mundo sus cimientos.

#### LA LIBERTAD POLÍTICA.

Esas proclamaciones de derechos y principios que fueron tan habituales durante poco más de un siglo respondían a una manera de entender el Estado y las relaciones en que hace posible la convivencia entre los hombres o a un deseo de mejoramiento en la vida pública que no se acierta a precisar y se confía al tiempo venidero más que a una reacción apropiada ante las demandas de cada instante. Uno de los escollos con que siempre topa la política, en teoría y en acción, es la carencia en que se hallan sus principios de otros que pertenecen a la metafísica o a la teología. ¿Cómo, si no, formular aspiraciones abstractas, que cualquier pueblo puede suscribir, siendo la política arte de realidades? Su cometido estriba, como es notorio, en acudir a la necesidad que suscita cada día con los recur-

sos de que se dispone ese día justamente. No es pequeño el lastre que las aspiraciones generales han llevado siempre a la política; por lo pronto, oscurecen la visión del estadista y le infunden muchas dudas que luego impiden la consideración fría de los acontecimientos y enzarzan a los partidos en discusiones que ni aclaran la actitud que debe seguirse ni conglutinan energías cuando más falta están haciendo. Que no hay política digna de este nombre sin un conjunto más o menos amplio de principios es cosa olvidada de puro sabida; pero confundir lo que ha de ser medio eficaz para enfrentarse con una situación histórica con discusiones y profesiones de fe es algo que ni tiene demasiado que ver con la política ni sirve, en fin de cuentas, más que para sembrar cizaña en los pueblos, ya que los principios se nos han dado o para que los creamos con fanatismo o para que los impugnemos sin tregua ni descanso. El verdadero político es quien sabe orientarse, y no hay que olvidar que su visión de los sucesos de cada día va siempre acompañada de un juicio de valor.

La libertad no puede ser a estas alturas artículo de fe de ningún partido; todos la quieren y cada uno la entiende a su manera, aunque cada vez son más los que pueden vivir gregariamente sin el goce de las prerrogativas, que debieran ser inalienables en la conciencia humana. Ni es posible en todo tiempo el goce de la libertad, ni son con mucha frecuencia los males que comporta su ejercicio menores que el de renunciar a él. Por otra parte, hay muchas libertades en estos pueblos de Europa, ya tan ancianos y descreídos, y el disfrute de algunas de ellas supone de cuando en cuando un estado de cosas en que se desconocen sentimientos

dignos de respeto o se merman los derechos del prójimo. La complejidad que han alcanzado los pueblos europeos rechaza de raíz toda abstracción política y requiere una mirada serena, clara y profunda que dé en cada instante importancia a éste o al otro matiz de los que no puede hablar quien en lugar de preocuparse por lo que trae consigo cada día sueña con lo que debiera ser un Estado fuerte o una política inspirada en el deseo de hacer felices a todos los hombres. Aparte de que las opiniones se hallan tan divididas en el seno de los pueblos que el político tiene como deber primordial el de buscar zonas de relativa y fugacísima coincidencia, que también fluctúan en períodos de tiempo mucho más cortos de lo que fuera de desear.

La libertad nos aparece siempre cuajada en moldes muy fáciles de perfilar y con una duración muy concreta en la Historia. El pensamiento puede crear caprichosamente estas formas y aumentar su número sin grandes dificultades; pero en política —que es arte y ciencia de hechos y posibilidades— las formas de que se ha revestido la libertad hasta hoy son muy escasas. No hay más remedio que buscarlas en la Historia, donde algunas veces el no experto suele confundir la doctrina con la acción, la realidad con el propósito y el fracaso con la impericia. No siempre son hacederas las cosas que emprende el hombre de Estado, cada una tiene sus leyes y su enigma y no vale ni inventarlas ni suponer que no están delante de nosotros. La libertad, como ideal, no tiene hoy fuerza para conmover grandes zonas de la opinión pública, y como aspiración tiene que acomodarse a las gravísimas contingencias que asedian al Estado en cada momento, porque nadie habrá tan insensato que se atreva a pen-

sar que los peligros que hoy se ciernen sobre nuestra cabeza no imponen decisiones drásticas. Se trata hoy nada menos que de salvar la permanencia de un Estado en que es posible el juego de intereses, capacidades y creencias que han hecho de Europa lo que ahora es o de sucumbir en un caos de fuerzas ciegas como la inundación de un río o la erupción de un volcán. Y la libertad, cuando merece llevar este nombre, propicia al desarrollo de la más noble porción de nuestra personalidad.

Lo que sí parece indudable a quien mira las cosas con desapasionamiento es que no nos seduce ninguna de las formas conocidas. Para sentir como la Ilustración nos falta ingenuidad y nos sobran no pocas desilusiones; la libertad económica, la que nace y se robustece con el dominio de las cosas, se nos antoja pobre, mezquina y, en última instancia, tan utópica como la anterior. Y por lo que hace a la libertad, entendida como proyecto de vida y como derecho universal e indiscutible, basta con echar una ojeada a lo que está ocurriendo en el mundo para preguntar angustiosamente si el hombre merece algún derecho, aparte los que le ha otorgado la teología. Sin contar con que nadie daría un paso para conseguir esa libertad tan horra de contenido y tan extraña a las apetencias más considerables de nuestro tiempo.

*A priori* no es posible asignar a una época su forma de libertad correspondiente; en un proceso más o menos largo y complejo de cristalización va configurándose hasta que aparece consumada y ya con valor histórico. Porque la libertad es un modo de acercarse a las vicisitudes de la vida cotidiana, entenderlas, dominarlas o prescindir de ellas; más que una cosa que

nos aguarda rígida y que no tolera intromisiones, la libertad es una función en que vemos la sociedad y el Estado más o menos cerca de nuestra vida, y afines u hostiles a lo que reputamos nuestro destino. Si el hombre liberal quiere que la intervención del Estado sea cada vez más leve y menos amplia, es porque valora su vida, el Estado y la sociedad de manera opuesta a como lleva a cabo su valoración el comunista, pongo por caso. Pero cada uno tiene su forma peculiar de libertad, cualesquiera que sean ahora nuestros criterios estimativos. Ni tolera una época cualquiera forma de libertad, ni está tampoco en nuestra mano el hacer que cuaje ésta o la otra; ni la imposición ni el capricho tienen nada que hacer aquí. Cabe, es cierto, sentirse a gusto o no en medio de las posibilidades y las limitaciones de cada una de estas formas concretas de libertad, pero esta oscilación de estados de ánimo no hace más que revelar que no somos libres de elegir la libertad que nos confiere la situación histórica en que vivimos, como no somos libres de instaurar una forma ya periclitada, la que tuvo vigencia en la Ilustración, por ejemplo, por creerla mejor que otra o sencillamente porque nos angustia demasiado el vivir sin ninguna, como quizá sea el destino de nuestro tiempo.

EMILIANO AGUADO.

